

Tiempo y poesía mexicana. *Una ventana abierta como una naranja*

Juan Pascual Gay

el mundo contemporáneo ha tomado conciencia creciente de que la noción de tiempo es una institución. A la duración bergsoniana, Bachelard opone teorías para criticar la duración objetiva:

La longitud del instante se revela relativa según el método de medida... el instante, bien precisado, sigue siendo, en la doctrina de Einstein, un absoluto,¹

e intenta demostrar con ello lo que él llama los "caracteres científicos de lo real"². Aquí no hay lugar para retomar los caracteres científicos de esta crítica, pero conviene señalarlos: las investigaciones sobre los conjuntos de puntos, hasta el problema del discontinuo tal y como se presenta en la teoría de los conjuntos: la objetividad del tiempo absoluto es puesta en cuestión.

Pero en América Latina, en particular, en México, esta crítica ha encontrado un eco y una resonancia muy amplia, en la medida que el tiempo, desde aquel mar de esta orilla, no es muy convencional. Escribe Carlos Fuentes:

Entre nosotros... no hay un solo tiempo: todos los tiempos están vivos, todos los pasados son presentes. Nuestro tiempo se nos presenta impuro, cargado de agonías resistentes.³

Este 'tiempo mexicano' no es lineal, según Fuentes: primero, porque los conquistadores españoles zarparon hacia América en "La nave de los locos", huyendo de la razón de Europa para

alcanzar la utopía. Luego, porque la historia de México no es una serie de acontecimientos, sino una acumulación de capas históricas que pueden emerger (emergen de hecho) en cualquier momento. La historia americana no puede admitir el carácter lineal del tiempo. Por último, la geografía tampoco puede hacerlo, como con claridad ha expresado Régis Debray:

¿Cómo inventar la melodía de un tiempo cómplice en una comarca sin estación? ¿Una partitura para dos voces y un violoncello allí donde hay treinta grados a la sombra desde la mañana a la noche; donde el verano está separado del invierno por una lluvia y no por un otoño; donde los verdes son verdes en julio como en enero y las corolas de los tulipanes escarlatas durante todo el año?... el año de Europa es una montaña rusa, un folletín en episodios; no hay tiempo para aburrirse allí. Aquí los días, los años pasan de manera uniforme, sin mayor señal, disco rayado que se termina por ya no oír, y que uno olvida que da vueltas.⁴

Sin ser larga, la cita muestra el origen geográfico de una duración diferente.

En fin, a los factores históricos y geográficos de la concepción del tiempo hay que añadir el atavismo del pensamiento indígena que nunca ha estado al ritmo de nuestra duración. Antonin Artaud ha expuesto esa concepción global:

Separado de todos los accidentes, de todos los aspectos pasajeros de lo sensible, el indio, que sabe matar lo que pasa, reúne la vida en su totalidad.⁵

Sobran, en la poesía mexicana, ejemplos para ilustrarlo, pero me voy a limitar a dos: Bernardo Ortiz de Montellano y Jorge Cuesta. Las raíces de lo que en Ortiz de Montellano es un tema obsesionante y permanente están en el poema donde su experiencia viene a confundirse con el pensamiento de su país: si Montellano ha señalado en su poesía la fragilidad del espacio (sobre todo, en *Primero sueño*), ha sabido ver su origen en la caducidad del tiempo. Para él, el hombre está solo, en la compañía impalpable de las cosas arrastradas por la duración.

El tiempo traiciona al hombre puesto que los momentos son diferentes, extraños uno del otro. El futuro no el presente, que a su vez tampoco es el pasado. La duración corre el espacio. La poesía más importante de Ortiz de Montellano, así como la de Jorge Cuesta, es una dialéctica, un juego de apariciones entre la fluidez del instante y la plenitud espacio-temporal concebida por el sueño, en el primer caso; y por la inteligencia, en el segundo. Los campos léxicos de lo fugaz: 'pasajero', 'irresuelto', 'sucede', 'pasa' se oponen nítidamente a los de permanencia: 'cohibir', 'duradero', 'hallarme'. Únicamente el espíritu puede concebir un estado capaz de sustraerse a la duración. Cada instante está desligado de los otros y provoca la explosión del espacio real que es un espacio fragmentado. La duración objetiva no existe: no es más que una perspectiva del espíritu, una ilusión institucionalizada.

Con su atención al mundo, y con la crítica del tiempo lineal (del tiempo pasaje que de ahí se desprende) el poeta alcanza al sabio. Para el hombre ¿dónde está el peligro de concebir el tiempo en el movimiento y la sucesión? Los efectos de esta concepción son debastadores. La duración prolonga la sensación de que no se prolonga nunca en ella. El movimiento temporal despoja al hombre, como un aire que pasa dejando tras sí el cadáver de lo que fue. La poesía es incapaz de reconstruir una sensación que resulta, una vez pasada, totalmente vana. No puede sino verificar el hueco dejado para darle realidad.

Destructor del placer del instante, el tiempo corroee el espacio haciendo de la vida una oquedad; porque si el vacío es ausencia es porque ese vacío antes ha sido ocupado, habitado, llenado; o porque si está vacío, deahabitado, desocupado, lo está en su apariencia. Escribe Montellano:

México y los pueblos de América todavía no crean su forma y permanecen cerca de lo amorfo, en

cambio los indígenas ya periclitaron su forma, que lograron crear, y viven nada más en el recuerdo de la forma original y propis de su desarrollo, de acuerdo con su naturaleza y su evolución.⁶

Pero esta concepción no es restrictiva, ni peculiar, de Montellano, sino que es un motivo, diría, generacional. No es fortuito que una de las palabras más empleadas por Jorge Cuesta asociadas con el placer sea, precisamente, 'oquedad'. La continuidad, como una ola, devuelve al hombre a las playas del instante. Toda imagen real es borrada por esta proyección:

Apenas fiel como el azar prefiera,
que me pierda miradme y que reviva;
que así misma la imagen de hoy se esquivo
y a la futura aún sólo tolera.⁷

El hombre proyectado de este modo de un instante al otro, no es nunca el mismo luego de esta separación, de esta dialéctica de la que Paul Valéry ya había dado cuenta: "Oh semejante y sin embargo más perfecto que yo mismo"⁸.

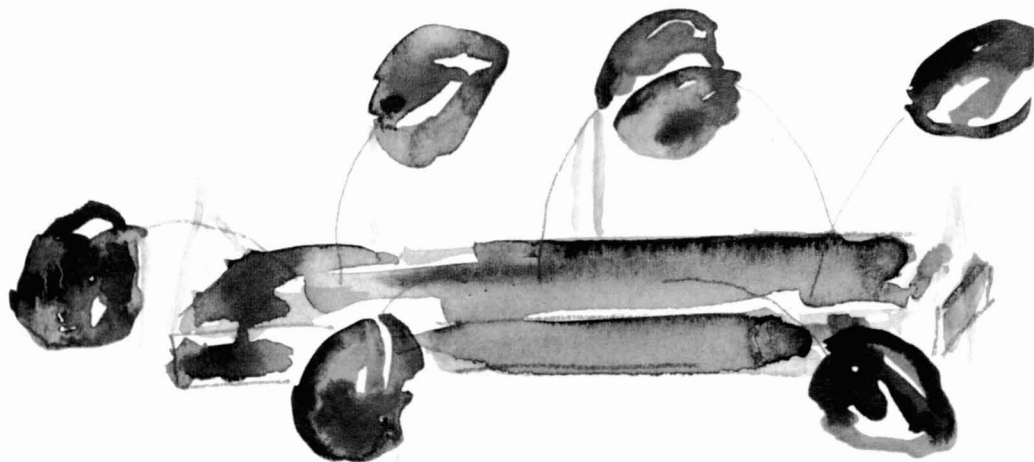
La crítica de lo real conduce a Montellano a un punto donde puede surgir la desesperanza por la confirmación de la lamentable "condición humana". Pero el poeta no se deja vencer por esa desesperanza. La toma de conciencia de un fenómeno lo apremiará para que logre una superación en el gobierno de lo que puede escapársele. Al igual que Lautréamont, Bernardo intenta escapar del 'tiempo servil', de ese tiempo objetivo que le une a la muerte y que, de hecho, para él, es muerte. Es necesario, entonces, escapar a ese tiempo devorador que nos separa de nosotros mismos. Búsqueda que no es artificial; ni solución de repuestos, ni sustitución, ni restitución; representa la tentativa por captar el mundo, así como la conciencia de que es capaz de asirlo. Montellano efectúa esta búsqueda en el ámbito del sueño; Jorge Cuesta a partir de la ciencia contemporánea que, al igual que la psicología, admite la existencia de un tiempo subjetivo formado y constituido en la psique de cada uno.

No importa el camino. La poesía contemporánea, en el análisis científico de la relatividad, constituye uno de los instrumentos esenciales de la búsqueda de un tiempo libre donde el hombre pueda experimentar el espesor del instante. Bachelard lo ha demostrado al distinguir entre "instante poético" e "instante metafísico", al explicar que "el poeta destruye la continuidad del tiempo servil"⁹,

haciéndonos sentir como en un relámpago que "el tiempo centellea en pequeños *quanta*"¹⁰. José Gorostiza ha visto con claridad que el poema revela la muerte de lo vivido y lo transporta al seno de una vida desligada de la duración: "El hombre vive en la muerte de una estatua, mientras muere en la vida de un poema"¹¹. La imagen de la estatua (muerte por anestesia) representa la sensación pasada en *Segundo sueño*, pero también en *Canto a un dios mineral*. En la poesía, el hombre puede conquistar el instante pleno, el tiempo espacial que Apollinaire llamaba en *La Jolie Rousse* "un relámpago que duraría", y que es el resultado concreto de la tentativa por unir un espacio y un tiempo en la dimensión del lenguaje. Desde *Sueños*, todos los poemas de Montellano siguen ese proyecto: poner al hombre en posesión del instante tomado de las redes del poema. Primero, tomar conciencia de la discontinuidad del tiempo contra las teorías de la duración bergsoniana; y, luego,

no puede asir. Este espacio repleto por el espesor de la no-materia no puede ser consumido, pues no ofrece asidero alguno al desarrollo de los instantes. No puede ser alterado puesto que no ha tomado forma. La búsqueda de la expresión poética se sitúa en un espacio surreal, donde el instante está helado. La muerte que vive en los poemas de Montellano es una plenitud comparable a la que nos enfrenta inevitablemente al amparo del tiempo. Éste no puede más que disolver la apariencia, dejando en el seno de un estado poético lo más hondo del hombre.

El espíritu, separado de la existencia sensible, vence en la lucha contra la aparente desaparición. Con la imaginación, a través del lenguaje, el poeta se afirma y se constituye en oquedad en el seno de la aparente ausencia de vida, en lo impalpable. La poesía permite sustraernos al tiempo separándonos de su caducidad. El sentido de lo humano estará dado allí, pues el poeta no será ya un espectador pasivo



poder instalarse en el seno de esta continuidad en sus plenitudes sucesivas. El espíritu debe ayudar a ello, como ha dicho Vadée: "la prueba de la discontinuidad se mantendrá esencialmente en su subjetividad, es decir, en la subjetividad del tiempo mismo"¹². El poeta no se somete a la institución de un tiempo que le sea exterior, busca en el lenguaje un efecto del sujeto sobre el objeto para ir más allá de lo que le sucede.

Una vez que ha mostrado que toda forma se desvanece en el tiempo, Bernardo quiere mirar y captar la plenitud de lo intangible donde el tiempo está atrapado. "Por encima de las cosas en movimiento", el poeta tiene la mirada suspendida sobre el vacío de la vida atrapada por la duración. Ahí encuentra, siente y hace sentir la plenitud espacio-temporal de lo intangible que el movimiento

del transcurso del tiempo. La poesía es el gesto puro (un poco como el fotógrafo detiene en la película el movimiento de un corredor. "...si en marcha Aquiles, ¡quieto!" de Valéry). El poeta disocia, menos en una cámara lenta que en una permanencia, los diferentes tiempos para así fijarlos e imponerles su imperio. Escapa por eso mismo a la herida de Zenón de Elea que "vibra, vuela y no vuela"¹³. Desterrado del impulso que lo apremia, el gesto se ve suspendido en el tiempo, es vencido. Se recupera aquí el tiempo puro, el "grano de oro" de Poe. El espíritu resulta vencedor del tiempo. Viene a la mente aquella "ventana abierta como una naranja" de Apollinaire que fijaba también en el arco de la mirada la plenitud de la vida exterior.

Esta acción del espíritu sobre el tiempo objetivo constituye el patrimonio y el atributo del pensamiento

del hombre que se opone al desarrollo, que afirma su existencia y su sentido por medio de una operación que lo define. La expresión de Simone weil "pensar es ir menos rápido" cobra aquí cabal sentido, y la poesía como instrumento de la lentitud no es ya especulación vana, sino acción sobre el mundo, pues nos hace sentir aquello que expresaba Rimbaud: "la verdadera vida está en otra parte".

La verticalidad es la imagen dominante en los sueños de Montellano. Esta verticalidad resulta de una conciencia crítica, de un combate y de una actitud polémica; en una palabra, de una rebeldía esencial. Es el fruto de la insurrección contra el orden de las cosas, el orden de los otros y el orden de la sociedad, y la recompensa de ello es, como indica Gilbert Durand, la trascendencia:

Si el símbolo del árbol vuelve a conducir el ciclo hacia la trascendencia, podemos verificar que por nuestra parte hemos cerrado el inventario de las

valoraciones arquetípicas que, surgidas de la insurrección polémica contra los rostros del tiempo, desembocan desde una revuelta "esencial" y abstracta, hacia una trascendencia encarnada en el tiempo, el cual, a partir de un dominio estático sobre el tiempo mismo mediante la espada y el simbolismo geométrico de huir de aquí", nos lleva a una colaboración dinámica con el porvenir, que hace de este último el aliado de toda maduración y de todo crecimiento, el tutor vertical y vegetal de todo proceso.¹⁴

Se puede aplicar a la imaginación poética de este simbolismo el árbol. Y si el mito de Fausto es una alegoría de este siglo, se puede decir que Montellano se halla en todo puentoconforme con la estructura del mito, ya que al final de su trayectoria alcanza el acontecimiento principal del héroe de Goethe y de Valéry, y del que Karl Löwith dice: "Esta última palabra del Fausto agónico es para saludar el 'instante supremo' que abarca lo eterno"¹⁵.

notas

¹ Gaston Bachelard, *L'intuition de l'istant*, Stock, París, 1932, pp. 29-30.

² G. Bachelard, *La dialectique de la durée*, PUF, París, 1936, p. 8.

³ C. Fuentes, *Tiempo mexicano*, Joaquín Mortiz, México, 1971, p. 9.

⁴ R. Debray, *L'indesirable*, Seuil, París, 1975, p. 88.

⁵ A. Artaud, *México y el espíritu primitivo. María izquierdo*, texto inédito hasta la fecha, propiedad de J. L. Díaz, México.

⁶ B. Ortiz de Montellano, "Lo amorfo y la forma", *Letras de México*, 18 (1940), 7.

⁷ Jorge Cuesta, *Obras completas*, t.1., ediciones el Equilibrista, México, 1993, p. 22.

⁸ Paul Valéry, *Fragments du Narcisse*, en *Ouvres*, op. cit., p. 125.

⁹ G. Bachelard, *L'intuition de l'instant*, ed. cit., p. 224.

¹⁰ G. Bachelard, *La dialectique de la dureé*, ed. cit., p. 67.

¹¹ J. Gorostiza, *Los Contemporáneos por sí mismos*, M. Capistrán (comp.), *Revista de la Universidad*, 6 (1967), páginas azules.

¹² Michel Vadée, *Bachelard ou le novel idéalisme épistémologique*, Editions Sociales, París, 1975, p. 117.

¹³ P. Valéry, *Le cimetière marin*, *Oeuvres*, ed. cit., p. 151.

¹⁴ Gilbert Durand, *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, Bordas, París, 1969, p. 126.

¹⁵ K. Löwith, *De Hegel à Nietzsche*, Gallimard, París, 1969, p. 34.